

# La globalización no es un opcional

Por Miguel A. Iribarne\*

Una de las características distintivas del actual estado del debate público en la Argentina radica en que el mismo no discute *cómo* integrarnos en el mundo sino *si* debemos hacerlo. Ésta es una situación extremadamente peculiar: costaría mucho hallar en el planeta países que atravesen una experiencia análoga, si excluimos a Irán, Corea del Norte o Cuba. En el resto de las naciones, la dirigencia pública –y en grado apreciable la opinión– parten de la base de que nos hallamos insertos en un proceso de globalización económico-financiera, cultural y política que conforma nuestro verdadero marco epocal. Por cierto este proceso no es unilinear: registra marchas y contramarchas y se acompaña de un proceso no menos sensible de descentralización y fragmentación; sin embargo, constituye la tendencia central de nuestro tiempo y, por serlo, no resulta para el dirigente político un “opcional”. “*Negar la globalización es como negar el descubrimiento de América*”, Felipe González *dixit*.

Precisamente, esta aceptación humilde de las condiciones históricas en que debe desenvolverse el trabajo del político, este abandono de toda ilusión voluntarista respecto del “principio

\* Profesor titular de Ciencia Política II y IV en la Universidad Católica Argentina. Director del Centro de Análisis Político (UCA).

de realidad”, es lo que se halla en la base de todas las experiencias exitosas de países que en las dos últimas décadas o menos han dado un significativo salto adelante en el concierto internacional. En la mayor parte de las naciones con un grado de desarrollo comparable o relativamente inferior a la Argentina en los ‘80, el debate público se ha centrado sobre los caminos más idóneos y exitosos para insertarse en el sistema global, no en la conveniencia misma de insertarse. Para chequear nuestro aserto vamos a comparar nuestro país con otros cuatro cuyo avance en los últimos lustros resulta indiscutido y se vincula directamente con la inteligencia con que han sabido consumir ese proceso de inserción. Ellos son España e Irlanda en Europa, México y Chile en nuestro continente. Los hemos escogido porque ninguno de ellos es un país anglosajón ni confuciano; todos tienen una base católica, contando, por ende, con un perfil étnico-cultural afín que los hace mucho más ricos para el parangón con nosotros que, por ejemplo, Nueva Zelanda o el sudeste asiático. Y bien, en el lapso de menos de una generación histórica estas cuatro sociedades han afrontado exitosamente el reto de su incorporación a la economía global y, dicho sea de paso, *han desmentido clamorosamente el estereotipo según el cual la globalización se limitaría a consagrar asimetrías de poder preexistentes*. Nos interesa particularmente subrayar este último aserto con cifras.

El “Panorama Económico Mundial” elaborado por el Fondo Monetario Internacional señala que este año el producto bruto mundial aumentará un 2,8 %. Ese crecimiento no es uniforme: Estados Unidos lo hará un 2,2 %, los países del “Grupo de los Siete” un 1,4 %, la Unión Europea un 0,9 %, el conjunto de los países en desarrollo un 4,2 % y China un 7,5 %. Mientras tanto, Japón tendrá una caída del 0,5 % y América Latina disminuirá su producto bruto en un 0,6 %, aunque esa reducción esté muy fuertemente influida por la caída del 16 % del producto bruto interno de la Argentina.

El mismo informe del FMI consigna que la expectativa de crecimiento del producto bruto mundial para el año 2003 es de un 3,7 %. También está prevista una distribución desigual: Estados Unidos crecerá un 2,6 %, los países del “Grupo de los Siete” un 2,3 %, la Unión Europea un 2,3 %, Japón un 1,1 %, el conjunto de los países en desarrollo un 5,2 %, China un 7,2 % y América Latina un 3 %.

Un dato interesante es que en el año 2002 ese incremento del 4,2 % del producto bruto de los países en desarrollo es un 50 % más elevado que el promedio de crecimiento de la economía mundial y triplica el crecimiento experimentado por los países del “Grupo de los Siete”. Esa tendencia se mantendrá durante el año próximo: el aumento del 5,2 % del producto bruto del conjunto de los países en desarrollo será aproximadamente un 40 % más elevado que el promedio de la economía mundial y más que duplicará el promedio del crecimiento de los países del “Grupo de los Siete”.

Estos indicadores corroboran la existencia de una tendencia estructural de largo plazo. En la década del 90, que marcó el punto de inflexión en el proceso de globalización de la economía, el producto bruto mundial creció a un ritmo del 3,5 % anual. En ese período, los países altamente desarrollados lo hicieron a un promedio anual del 2,4 %. Los países emergentes, en cambio, crecieron a un ritmo del 5,4 % anual, una cifra que más que duplica al ritmo de crecimiento de las naciones económicamente más adelantadas. (Agenda Estratégica, 30 setiembre 2002).

Y bien: sabemos –lo sabemos por el impacto sobre nuestra propia economía– la calidad de exportadores netos de capital que han asumido España y Chile. Conocemos también el ahora denominado “milagro celta”, y podemos enterarnos sin demasiado esfuerzo del formidable *boom* exportador de los mejicanos a partir del nacimiento del Nafta.

El hecho de que estos cuatro países hayan resuelto en principio positivamente los desafíos del continentalismo y del uni-

versalismo en ciernes, ha cambiado en su seno el foco de la discusión política. Obviamente no han desaparecido las tensiones internas ni los frutos del desarrollo se han distribuido de manera idealmente igualitaria. Va de suyo que siguen existiendo conflictos en torno a la distribución: *la globalización es un cambio de escala en los conflictos, no su utópica eliminación*. Pero lo que las fuerzas en presencia en la escena pública controvierten no es ya el camino recorrido, sino, en todo caso, las opciones futuras para seguir avanzando en la integración en la economía mundial con el menor riesgo posible para la cohesión social interna. Si miramos en España a populares y socialistas, en Irlanda al *Fianna Fail* y el *Fine Gael*, en México al PAN y el PRI, en Chile a la Concertación y la Coalición derechista, no encontraremos nostálgicos de un marco económico y tecnológico periclitado.

La comparación con la Argentina arroja un saldo preocupante. Las reformas de los 90 son vistas aquí por uno de los campos no ya como la plataforma para abordar una nueva agenda, que deberá corregir muchos de sus efectos secundarios negativos, sino como un camino errado *ab initio*. Un camino, pues, que conviene desandar. Este campo, abundantemente representado en la política, los medios y la intelectualidad, a través de sus planteos sobre la deuda externa y sobre el modelo de desarrollo impugna la globalización misma; o, al menos, se ilusiona con aceptarla “con beneficio de inventario”.

Todo induce a pensar que la Argentina ha dejado inconclusas algunas de las tareas históricas que se le plantearon una década atrás y esa frustración explica las características del debate. La superación de este anacronismo aparece como imperativa para todo el proceso político argentino, ya que su perduración podría afectar el rendimiento mismo de nuestra democracia. El argentino no puede ser nostálgico –la nostalgia es la utopía del pasado– ni utópico –la utopía es la nostalgia del futuro. Debe ser un realista abierto, lo que no implica

ningún chato pragmatismo, sino un profundo y apasionado conocimiento del presente hasta detectar las semillas que dentro de ese presente están ya operando y comenzando a prefigurar el futuro próximo.

Esta necesidad de nuestra dirigencia pública –no sólo de la política– resulta especialmente aguda para quienes se identifican con el justicialismo, como fuerza que –aunque fuere residualmente– ocupa aún la franja central de nuestro escenario político. En efecto, sólo si la dirigencia justicialista abreva en el notable sentido de la oportunidad histórica propio de su fundador, recuperará la capacidad de percibir las irrepetibles situaciones temporales y darles la respuesta que se espera de la conducción política. Que no serán literalmente las del '89 ni las del '73 ni las del '45. Si, en cambio, se desgarra en un debate sobre cómo debió haber sido lo que fue y ya es hoy parte constituyente de la realidad, el peronismo seguirá siendo objeto de la crisis y no sujeto de su superación.